

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15
cts

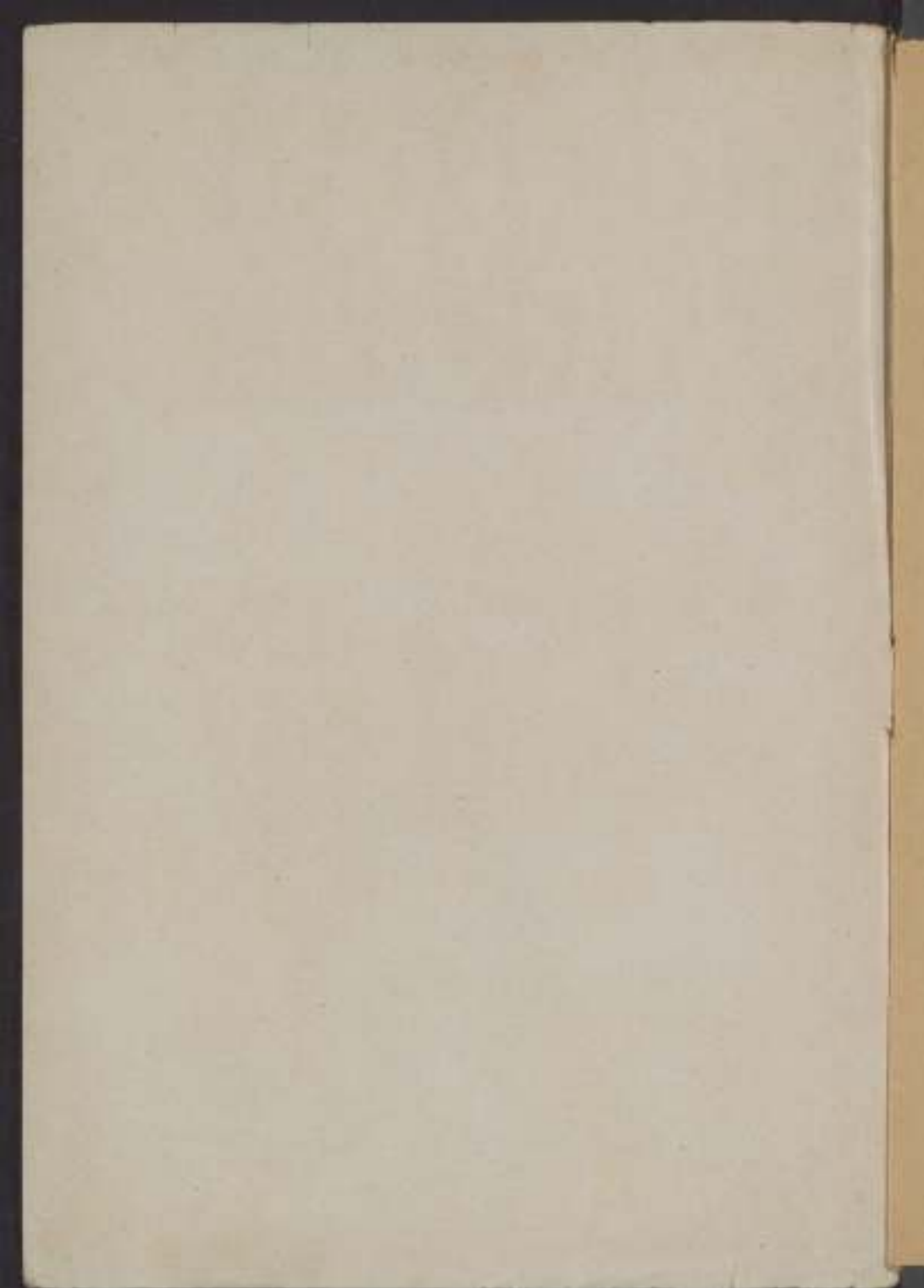
COWBOYS Y DETECTIVES

N.
7

El dorado Oeste

por
Al Hoxie





Cowboys y Detectives

Publicación mensual de cuentos cortados

Ediciones DISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — Teléfono 13541

BARCELONA

Número 1

15 céntimos

El dorado Oeste

Novela de aventuras, interpretada por Al Hoxie

Es un film del

PROGRAMA APAJOL

Aragón, 25. — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En aquel rincón del Oeste americano había surgido hacia ya muchos años el oro. Y este descubrimiento había sido atractivo poderoso para gentes venidas de las cinco partes del mundo.

Pero no todos buscaban su fortuna en el preciado metal. Algunos la encontraban en el lucrativo negocio de la ganadería.

La hermosa hacienda "Triangle" representaba el esfuerzo de uno de aquellos valientes que emprendieron la conquista del Oeste y la había realizado al fin.

Era su dueño Tom Mac Intyre, que veía sus ilusiones hechas realidad tras un puñado de años de penosa y constante labor.

Frank Cunningham era un excelente abogado y leal amigo de Tom.

No se habían producido nunca importantes incidentes en la comarca, pues las gentes vivían en paz, respetando cada uno sus intereses.

Mas las ambiciones de los hambres parecían ir a cambiar aquella plácida decoración. Alguien conspiraba contra la tranquilidad honesta de los negocios de los demás.

James Gleason tenía especial interés en comprar la hacienda. Ralph Wode, otro sujeto de ciudad, era su cómplice en los maquiavélicos planes.

Los dos querían adquirir todos los terrenos de aquella parte de la región, pues tenían noticias ciertas de que en su subuelo corrían vetas de oro. Sus actuales propietarios ignoraban aquella

circunstancia benéfica y era preciso seguir ocultárselo para que no pusieran dificultades a su venta.

Después de muchas gestiones compraron la finca de Tom y éste mostraba su hunda alegría por ello, diciendo:

—Señores, me siento satisfecho de la venta. Siempre trabajé con la esperanza de que un día podría retirarme con el dinero que me dieran por la hacienda. Ha comprado usted, señor Gleason, la mejor finca de estos alrededores.

—Lo sé... y me felicito de su adquisición—dijo Gleason, hombre tortuoso, que siempre andaba metido en negocios de poca claridad—. Y a propósito, he oído hablar de la finca del vecino de usted, de Mac Pherson... Dicen que es algo muy hermoso también.

—Lo es efectivamente...

—Le propiciaré la venta.

—No creo que olanga ésto. El y su hija viven solos y desean permanecer aquí largos años.

—Pues yo creo—intervino el abogado Cunningham—que si Gleason hace buenas proposiciones, aceptará... Es un hombre excelente y no hay duda que considerará bien recompensados sus trabajos con un beneficio.

—Pues le hablaré en seguida. Desearía adquirir también los terrenos colindantes y que formen parte de la propiedad.

—No creo que encuentre inconveniente.

—Le voy a hablar.

Y Gleason, seguido de su amigo Ralph, marchó en dirección a la hacienda objeto de sus ambiciones que deseaba adquirir para su afán desmesurado de riqueza.

Le tentaría con una buena proposición, pero si no aceptaba, tendría que vender forzosamente la finca... El tenía medios suficientes para torcer cualquier voluntad.

La hacienda cuya posesión disfrutaban Mac Pherson y su hija Molly, con arreglo a las leyes del Oeste, estaba situada en una excelente posición.

Era Molly Mac Pherson una deliciosa flor silvestre en aquellas abruptas regiones.

Al Brown, un vaquero todo valor y corazón, estaba enamorado de Molly, para la que guardaba las mieles de su amor, de hombre rudo y generoso.

Cierta tarde, como muchas otras, fueron a pasear a la caída del sol. Al impaciente, decía a su enamorada, deteniéndose en el camino:

—¿No te parece, Molly, que ha llegado el momento en que confesemos nuestro amor a tu padre?

—Sí, Al.

—¿Lo haremos hoy?

—Hoy mismo. Creo llegada la ocasión de exponerle cuáles son nuestros planes para el porvenir.

—Casarnos pronto.

—Y querernos toda la vida. Y quiera Dios que siempre sean los mismos nuestros pensamientos, ya que ello será el augurio más infalible de nuestra dicha.

Regresaron lentamente, cambiaron reventas y cariñosas promesas y al llegar muy cerca de la hacienda, vieron a Mac Pherson, el padre de Molly, hombre bueno y excelente, dedicado toda su vida al trabajo y que había conseguido al fin un provechoso resultado en su labor.

—Aquí está papá. Ahora es la ocasión.

—Sí, Molly... Es preciso hablarle.

—Valor.

Avanzaron hacia su padre, quien al verles cambiar tiernas miradas como promesas que no se atrevían a manifestarse, dijo sonriente, con verdadera ternura paternal:

—¿Qué hay, Molly?...

—Ya ves, papá... Hemos ido a dar un paseo y...

—Sí... sí... Me parece que a vosotros hay algo que os interesa más que mi presencia.

Molly enrojeció.

—Precisamente, papá. Al y yo estábamos hablando de... en fin, él te lo dirá.

Al, tan valiente como corto de palabras para aquellos lances, murmuró:

—Sí... sí... Yo estaba pensando en decirle a usted... que...

—Comprendo de lo que se trata—dijo bondadosamente el viejo—, pero antes de que habléis he de aconsejaros que esperéis todavía algún tiempo.

—Papá, yo...

—No me disgustarían vuestros proyectos que adivino, pero

la cosa no corre tanta prisa... y podríais esperar a que acabe la venta del ganado de este año.

En aquel momento avanzó hacia ellos un sujeto de expresión desagradable, quien, sin cumplimientos de ninguna clase, se dirigió a Mac Pherson y le dijo:

—Mi nombre es Gleason, señor Pherson... Y estoy admirado de su propiedad que es, sin duda alguna, de las mejores de la comarca.

Pherson sonrió, halagado su espíritu de propietario.

—Mi trabajo me cuesta haberla puesto en estado tan floreciente.

—Precisamente al darme cuenta de su valor, he sentido deseos de adquirirla.

—¿Adquirir mi propiedad?

—Sí, conjuntamente con la hacienda de Tom Mac Intyre que acabo de comprar hace poco.

Pherson se negó rotundamente.

—Mi firma forma contrato separado y eso hace que sea deseen sean de imposible realización.

Gleason, con aquel cinismo habitual en él, le contestó:

—Se equivoca usted, Pherson, es un arriendo en forma distinta, pero ello no es obstáculo a mis pretensiones.

—No creo que exista ley ni contrato que pueda hacerme abandonar el lugar donde he vivido durante veinticinco años y he criado a mi familia.

—Pues seguramente está usted mal informado acerca de las leyes del Oeste americano.

—Nosotros obramos de acuerdo con la ley, señor Pherson. Según el registro, este terreno no es de su propiedad absoluta...

—Se equivoca.

—He de conseguir que le echen de aquí... Se lo prometo.

—¡Miserable! Usted es incapaz de sacar a un grillo de su jaula.

Gleason hizo un movimiento agresivo como de poner mano en el cinto para agredir al propietario, y Molly, que había presenciado en silencio la escena, se abrazó asustada a Al que rugía de indignación viendo lo que pasaba.

—¡No temas! — le dijo a su amada.

Y avanzando hacia Gleason le apartó bruscamente del dueño de la hacienda.

—Con su permiso, señor Pherson, pero yo sé mejor que usted cómo hay que tratar a esa gente... Salga inmediatamente de aquí y no moleste con sus pretensiones absurdas... señor.

—¿Y usted quién es para darme a mí órdenes, mequetrefe? —contestó Gleason con insolencia.

—Repita lo que ha dicho.

—Que no admita órdenes de gente inferior.

La contestación de Al fué un formidable puñetazo a la boca de aquel sujeto, con tanta energía y acierto, que lo derribó cuan largo era.

—¡Maldito!...



—¡No temas!

—Y basta de palabritas... Y váyase inmediatamente.

Y cogiéndolo por un hombro lo alejó de allí, poniéndolo al otro lado de la cerca.

Después volvió al lado de Pherson y de su hija y dijo:

—Usted perdone, señor Pherson, si me he inmiscuído en esa cuestión quizás algo más de lo que era necesaria, pero no he podido contenerme.

—Gracias, Al... Le estoy profundamente reconocido. Pero, ¿qué se propondrá ese hombre con querer adquirir la finca?

—No lo adivino aún... pero a lo mejor pretende hacer una

estafa. Tengo malos antecedentes de ese sujeto y de su socio Ralph Woods, otro tipo que creo que tuvo algo que ver con la justicia.

—Pues convendrá librarlo de los dos.

—Mientras yo esté por aquí, no tenga miedo.

—Gracias por su interés, Al, que adivino que no es principalmente por mí, sino...

—Por ella y por usted, señor Pherson. Se lo prometo.

Y el buen padre estrechó contra su corazón a Molly y a Al, y alzó los ojos a Dios para darle gracias porque le rodeaba de seres tan queridos.



—... basta de palabritas...

James Gleason celebró una conferencia con Ralph acerca del resultado negativo de sus gestiones.

—Ya encontraremos la manera de hacerles abandonar la propiedad antes de lo que ellos se figuran.

—Es necesario.

—Y lo vas a ver... Le pondremos un pleito y sin armar ruido nos saldremos con la nuestra. Tengo un buen procedimiento para vencerle.

—Sólo me temo una cosa.

—¿Qué?

—Que el juez, que es hombre de recto proceder, no tome en consideración nuestra demanda.

—Podríamos hacerle callar en la comparecencia.

—¿Cómo? No te entiendo... Pherson defenderá a sangre y fuego su derecho de propiedad.

—Oye una cosa. En esta clase de pleitos, si el demandado no se presenta, se le pueden originar graves contratiempos, de los que podríamos sacar ventaja.

Me temo que eso no sea posible.

—Quizás... Ya veremos cuál de los dos tiene razón... Lo esencial es envolverle en un asunto que le cueste tiempo y dinero.

Y mientras ellos seguían platicando acerca de la necesidad de apoderarse de aquella finca de la que tenían planes adquiridos ilegítimamente, y por cuya subasta sabían ellos que cortian vetas de oro centuplicando el valor de la propiedad, Pherson y su hija volvían a hablar con Al Brown de la necesidad de vivir muy alerta contra ciertas maniobras.

—Vaya con cuidado, Pherson. Son dos sujetos de mala fe que buscarán todas las artimañas al amparo de la ley para valerse de ella contra usted.

—Pero ¿quién me puede despojar de lo que es mío?

—Nadie en justicia, pero a veces ésta se eclipsa para dejar paso a la arbitrariedad.

—Si vienen sabré recibirles como sea.

—No le atacarán directamente sino a traición... y las gentes más nobles y valientes perecen ante las que no dan el pecho descubiertas.

James Gleason no hizo esperar mucho tiempo la urdimbre en que pensaba aprisionar al que no quería abandonar la finca. Estuvo a ver al juez y presentó una importante demanda acusando a Pherson de haberle vendido parte de la finca, según cierto documento que él falsificó hábilmente, y no querer ahora darle posesión de la misma.

El juez, hombre recto, quedó un poco extrañado de aquella venta de la que no tenía la menor noticia, pero no tuvo otro remedio que citar a declarar al demandado para dictar sentencia en justicia estricta y como correspondía a su conciencia.

Y los comentarios de las gentes eran grandes ante aquel conflicto legal.

—Parece que tratan de envolver en un pleito a Pherson y a su hija para echarlos de la hacienda.

—Me parece que éste es asunto que dará mucho juego y poco hemos de vivir para verlo.

Pocos días después recibía Pherson una notificación del jurado, dándole cuenta de la iniciación del pleito y citándole para declarar seis días después.

La indignación de Pherson al advertir los manejos de su contrario era imponente.

Su hija y Al intentaron calmarle.

—No hay juez que pueda dar curso a la demanda de Gleason si usted acude en forma ante el Tribunal y expone sus justos argumentos.

—Eso es lo que haré... Pero si me condenaran, soy capaz de matar antes a tiros a Gleason y a su socio.

—De eso me encargaría yo. Pero creo que aun no se ha apagado la luz de la justicia en nuestro pueblo.

Y comentando siempre la insólita demanda de aquellos compradores pasaron los días hasta llegar el de la fecha de la comparecencia ante el señor juez.

* * *

Aquella mañana se encontraba Molly pasando por el campo cuando se le acercó un hombre algo envejecido y en cuyo rostro se denotaban las huellas de una existencia de crápula.

—Usted es Molly, ¿verdad?

Le miró recelosa.

—La misma, ¿y usted?

—Yo soy Ralph Woods, el socio de Gleason.

—¿De Gleason? No me entretenga usted. Nada de lo que tenga relación con ese hombre me interesa.

—No se disguste, Gleason no quiere hacer nada contra su padre... ni contra usted.

—Pues los hechos dicen lo contrario.

Y de pronto aquel malvado en cuyas entrañas latían todos los ruines instintos, se arrojó contra Molly pretendiendo raptarla, pero el destino quiso que Al, que pasaba por allí, oyera una voz femenina que pedía angustiosamente auxilio, y corriera hacia el lugar de donde partían los gritos.

Al ver a Ralph lanzó una exclamación de furor. El miserable,

ante la presencia de aquel hombre que venía estorbar sus nefastos planes, apartó bruscamente a Molly.

—¿Qué hace usted aquí?—le increpó.

—Esto.

Y de un puñetazo le hizo tambalear sobre sí mismo. Pero Ralph era forzado y se arrojó a su vez contra Al, sosteniendo una lucha implacable al borde de un abismo, a punto varias veces los dos de hundirse para siempre en él.

Molly temblaba angustiada, especialmente cuando vió en un instante de peligro a Al cuyo pie estaba ya suspendida sobre la sima... más con un esfuerzo de su juventud, logró de nuevo in-



...una lucha implacable al borde de un abismo...

corporarse y se hizo dueño de la situación, consiguiendo impedir a su enemigo todo movimiento y estando a punto de arrojarlo al fondo del abismo.

Ralph dió un grito de horror al verse suspendido en el vacío, pero Al, que era un gran corazón y que no se ensañaba con los vencidos, sino que sabía perdonarles la vida como los antiguos caballeros, le dijo:

—Podría matarte, pero no lo hago. Me servirás de rehén para que dejéis de una vez de atacar al honrado Pherson.

Respirando fatigosamente, todavía bajo el horror de la inmi-

nente muerte, Ralph no contestó y se dejó atar sin la menor protesta.

Y, en tanto, en la hacienda de Pherson ocurrían importantes acontecimientos.

Se disponía Pherson a ir a casa del juez para declarar en la incoación de aquel pleito, cuando unos hombres se arrojaron sobre él y sin darle tiempo a defenderse le maniataron impidiéndole toda resistencia.

Pherson, a pesar de todo, intentaba defenderse, y uno de los bandidos le encascanó la pistola, pronto a disparar contra él, con aquella sencilla tranquilidad de los malvados a quienes no les importa despachar a un hombre al otro barrio.

—¡Déjalo!—dijo otro de los fascinosos—. Acuérdate de que el amo ha recomendado que no le matemos a no ser que sea inevitable.

—Tengo unas ganas de disparar unos tiros...

Pero sin nuevos contratiempos se le llevaron a una casa de la montaña, en tanto Gleason no dispusiera lo contrario.

Antes de entrar y en medio del camino tuvieron que sostener una lucha a tiros contra uno de los vaqueros de la finca que se había dado cuenta de que acababan de secuestrar a su amo.

El tiroteo no tuvo consecuencias graves, a pesar de que los bandidos procuraron acertar la puntería contra el que creían podía ir a delatarles.

Consignieron los miserables rehuir la persecución de aquel hombre, que desolado corrió a la finca donde poco después llegaron Molly, Al y el prisionero Ralph.

Atropelladamente les dio cuenta de lo que había sucedido.

—¡Ah, señorita, han secuestrado a su padre! Quizás a estas horas le hayan asesinado estos infames.

—¡Maldición!—rugió Al, mientras acribía a Molly que lloraba desesperadamente—. Comprendo lo sucedido. Esta es la estratagema ideada por Gleason para que su padre no pueda presentarse ante el Tribunal a exponer sus argumentos... Y de esta manera inclinar a su favor el ánimo del juez, haciéndole creer en la razón de su demanda... Pero eso no será... ¿Has visto adónde han llevado a Pherson?

—Por el camino del Sur.

—Hacia el voy... Es preciso saber dónde lo tienen escondido. Y dirigiéndose a Ralph, cuyos ojos brillaban de maligna ale-

gría al reconocer que el plan iba ajustándose a la perfección, le dijo furioso:

—Tu vida responde de la del viejo Pherson... Y esta vez va de veras. Si algo le ocurre, tú pagarás con tu maldita existencia la vida preciosa de aquel hombre honrado... Pero ahora me vas a decir dónde tienen escondido a Pherson.

—No lo sé.

—Te ordeno que me lo digas.

—No lo sé.

—¿Lo sabrás ahora?

Y le mostró el revólver apuntándole directamente al pecho.

Ya con menos energías Ralph repitió:

—Te digo que no lo sé.

—Haz un esfuerzo de memoria... Pronto... que no llegarás a tiempo...

Apretó el gatillo y Ralph vio en la expresión concentrada y furiosa de Al, la plena intención de disparar.

Y rectificó temeroso.

—Está en la casita del Barranco de la Muerte.

—Hay que ir allá en el acto... Y si encontramos muerte a Pherson, tú, Ralph, y no te quepa duda de que lo haré, lo pagarás con la vida. Y ahora te vienes con nosotros para guiarnos.

Se negó, pero como las razones de Al eran tan contundentes, no hubo otro remedio que obedecer y descubrir la propia guarida del bandido, donde el desdichado Pherson, teniendo a la vista rayones sin conciencia, permanecía secuestrado mientras iba a decidirse el pleito tan decisivo para su porvenir.

* * *

Uno de los secuaces de Gleason comunicó a éste el éxito de la operación y cómo Pherson ya no les estorbaría por el momento.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—dijo—. No hay peligro, pues, de que Mac Pherson se presente... y el pleito está ganado para nosotros... Ocupaos ahora del viejo, dadle un poco de agua, pero no le dejéis ni un momento suelto hasta que se haya terminado la sesión del tribunal.

—De acuerdo.

Y mientras el secuaz se volvía hacia la Cabaña de la Muerte, Gleason marchaba hacia la sala del Tribunal donde el juez iba a presidir la vista.

Era ya la hora señalada y Gleason, con cierta nerviosidad, expuso al juez la necesidad de que fallara sin virle.

—La ausencia del demandado indica bien a las claras que teme presentarse ante la justicia. Firmó un convenio de venta y no quiere cumplirlo... Si no fuera verdad, habría venido aquí a defenderse y a impugnar mi proposición.

El juez era un hombre de rectos sentimientos, que siempre había considerado al vecino Pherson como un espíritu incapaz de faltar a la verdad.

—Es extraño que no esté aún aquí. Sin embargo, concedámosle un margen de tiempo.

—Sería cosa de empezar...

—Nadie tiene prisa. Esperemos.

Y contra la voluntad de Gleason se aguardó a si se presentaba aquel hombre a mantener la legitimidad de sus derechos.

Y mientras tanto, en su afán porque Pherson pudiera estar libre y llegar ante el juez, los expedicionarios iban a salvarle con un deseo ferrenoso y noble.

Los minutos representaban la felicidad de toda una familia, la ilusión de dos corazones enamorados.

Ralph, contra su voluntad y obligado por las circunstancias, vióse en la precisión de señalarles el lugar donde tenían secuestrado al dueño de la hacienda.

Los hombres de Al rodearon la casa y Al, al frente de varios vaqueros, avanzó decidido hacia la puerta principal.

Entablóse inmediatamente un duro combate con los defensores de la casa que, sorprendidos por aquel ataque inesperado, no acertaban a luchar bien.

Pero así y todo la pelea duró más de media hora hasta que ordenando un ataque general, Al llegó a la casa y obligó a rendirse a sus contrarios.

Uno de ellos, un sujeto que tenía en el rostro marcadas las huellas de un verdadero malhechor, intentó disparar contra Pherson, que se hallaba a la expectativa en un rincón de la barraca, pero otro de los hombres de Al, que se dió rápida cuenta de la maniobra, disparó a su vez y puso fin a la vida de aquel malvado.

Rendidos todos y después de un ferrenoso abrazo de padre a hijo, Al consultó el reloj y, dándose cuenta de que era ya la hora del juicio, manifestó la necesidad de partir cuanto antes.

—No podemos perder ni un momento. La incomparecencia de usted, señor Pherson, podría ser fatal para sus intereses.

—Pero explicando las causas...

—Tal vez lleguemos demasiado tarde... Y entonces se habrá fallado ya la sentencia y no será posible ninguna apelación.

Comenzaron el regreso, llevando delante presos a los facinerosos, entre los cuales figuraba Ralph, indignado por lo que estaba sucediendo y con la única esperanza de que Gleason hubiese rematado su nefasta obra.

—Déjenme ustedes en libertad!—gritó Ralph—. Protestaré contra esa arbitrariedad de mi detención. El señor juez les encarcelará a ustedes.

—Precisamente vamos a hablar con él—le contestó Al, riendo—. No te preocupes, que podrás llevar a cabo tu propósito. Pero antes tendrás que responder del secuestro de Pherson.

Ralph intentó escapar al doblar un recodo de la carretera, mas la eficaz intervención de Al y de sus amigos, hizo fracasar una vez más su intento.

Ya sin nuevos incidentes que amenazasen a Molly y a sus valerosos acompañantes, llegaron todos al pueblo, pensando si podrían impedir la obra nefasta de Gleason.

El tribunal llevaba largo tiempo constituido. Y la impaciencia andaba en todos los sectores.

El señor juez consultaba el reloj y lamentaba que Pherson no hubiera llegado aún.

—¿Qué le habrá podido ocurrir a ese buen hombre? Su tardanza me pone en un aprieto. No voy a poder demorar más la apertura de la sesión.

El señor juez, aun contra su voluntad, iba a verse obligado a dar por constituido el tribunal y ordenar que comenzasen las comparecencias.

El abogado Cunningham, buen amigo de Pherson, que sabía que éste era incapaz de haber realizado una acción innoble como aquella de que le acusaban, se dirigió al señor juez.

—Perdone si tomo la palabra. No soy su abogado, pero la conciencia de un hombre honrado me obliga a declarar, para exponer cuáles son los motivos a mi juicio que han impedido al demandado presentarse a tiempo a la celebración del Jurado.

Gleason protestó enérgicamente.

—La ley es muy clara en esos casos. Si el demandado no se presenta, pierde todos sus derechos y el juicio se resuelve con un fallo favorable al demandante.

El señor juez intervino una vez más en favor del ausente.

—Como en este caso particular se trata de Mac Pherson, un hombre de acrisolada honradez, podemos en justicia darle unos momentos de espera.

—Me permito hacer observar que hemos esperado de un modo excesivo la comparecencia de Mac Pherson.

—Declaro impertinente la observación—dijo el juez—, pues en todo caso es a mí a quien corresponde decidir.



... de conducir a la cárcel al miserable...

Pasaron unos minutos más y Gleason, apoyado esta vez por el rumor popular, tomó de nuevo la palabra:

—Hemos de insistir en que tan larga espera perjudica nuestros intereses...

—Bien... Sea... Vamos a proceder inmediatamente al examen de la demanda...

Gleason hizo alegatos en su favor, asegurando que el documento de venta que había presentado era auténtico y que la ausencia de Pherson al no venir a defenderse, le hacía en absoluto roa.

—La ley determina claramente que la incomparvescencia del demandado lleva la reversión de todas las derechos en litigio a favor del demandante —sentenció el juez ante la impresión general y una alegre sonrisa de Gleason, contento de que al fin y al cabo triunfase su nefasta obra.

Y agregó, tras una pausa:

—De acuerdo con lo manifestado, he de fallar que...

Pero en aquel mismo instante abrióse la puerta y aparecieron Molly, Al y varios otros vaqueros.

La voz de la mujer sonó enérgica y acusadora:

—Un momento, señor juez.



... Por orden del juez, Gleason y su gente fueron trasladados...

Gleason hizo una seña a sus hombres como significando que atacaran a Molly que podía venir a trastornar sus planes, pero Al, que advirtió la maniobra, los contrajo pistola en mano:

—Un momento, señor juez. Quieto todo el mundo... Al que se mueva le meto una bala en el corazón.

—Hablo usted, Molly... ¿Qué ocurre?

—Mi padre dirá lo que ha pasado.

Pherson, con voz indignada, explicó:

—Estos hombres que vienen conmigo, de acuerdo con Gleason han impedido por la violencia que me presentara ante us-

ted, señor juez. Su infame plan no tenía otro objeto que robarme mis legítimos derechos... Me han secuestrado, me han impedido, encerrándome lejos de aquí, que pudiera estar a la hora... Y, por lo tanto, las acusaciones que hago en contra de ellos son motivo suficiente para arrestarlos como criminales...

El señor juez, imponiendo enérgicamente silencio, interrogó a los hombres que había detenido Al, quienes no tuvieron otro remedio que contar de plano todo lo sucedido.

Gleason negó, pero las pruebas eran demasiado abrumadoras y acabó confesando que él mismo había falsificado los documentos para hacerse con la mina.

Ordenó el juez la detención de aquellos sujetos y Al quiso personalmente encargarse de conducir a la cárcel al miserable Gleason, quien con Ralph y sus secuaces fué puesto a buen recaudo en el calabozo en espera de la sentencia.

Y en días sucesivos, la habilidad del juez consiguió hacer contar los motivos que habían impulsado a Gleason a obrar de aquella manera, confesando que en la mina de Pherson había una mina de oro y ellos querían aprovecharla.

Por orden del juez, Gleason y su gente fueron trasladados a la capital, donde un tribunal superior fallaría sobre sus delitos, pues tenían, además, muchas cuentas pendientes con la justicia.

Desaparecida de la comarca aquella banda de gente sospechosa, volvió a reinar la tranquilidad.

Y el buen señor juez unió en matrimonio a Molly y a Al, y poco después se descubrió la mina de oro que acabó de colmar los afanes de Pherson y le dió la seguridad de una vejez iluminada por la riqueza.

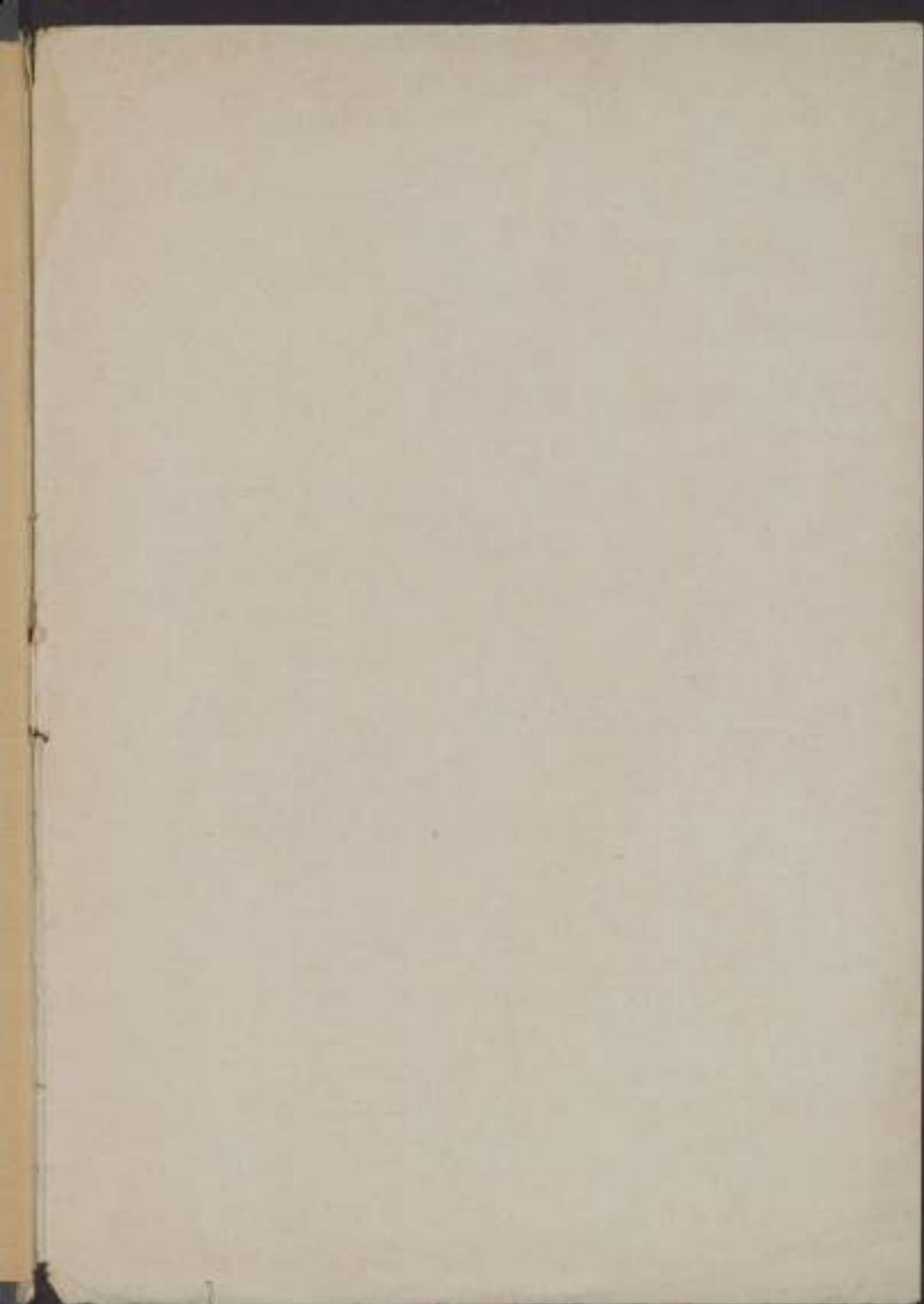
FIN

Números publicados:

VIDA AZAROSA, por George O'Brien. — EL HOMBRE DE ARIZONA, por Rex Bell. — DELIRIOS DEL TRÓPICO, por Jack Holt. — AGUILA BLANCA, por Buck Jones. — CON TARZÁN ME BASTO, por Ken Maynard. — LA SENDA DEL DIAMANTE, por Rex Bell.

Distribución para España: Sociedad General Española de Librería-Barbará, 10-Barcelona

Imprenta Industrial, Aribau, 133, Teléfono 76391, Barcelona.



— Las mejores novelas cinematográficas las publica
EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:

Caballistas del Oeste

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15 cts.**

Cowboys y Detectives

Novelas emocionantes completas. Precio: **15 cts.**

EL FILM DE HOY

Asuntos seleccionados con una postal regalo. **30 cts.**

AVENTURAS FILM

(Colección completa que consta de 67 números)

Las mejores caballistas. Precio: **15 céntimos.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

(Colección completa de 180 números)

Inmejorables producciones con postal regalo. **30 cts.**

LOS MEJORES FILMS

Películas de categoría. Precio: **50 céntimos.**

Éxitos Cinematográficos

Asuntos de gran relieve. Precio: **50 céntimos.**

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Las más deseadas superproducciones. **1 peseta**

Exija siempre

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona